

LA PROBLEMÁTICA ADOLESCENTE

Por FRANCISCO SECADAS

(Investigador científico del
Consejo Superior de Investi-
gaciones Científicas.)

El mundo moderno se empieza a inquietar por un problema inédito. Aquella etapa de la existencia que el hombre olvidaba como un «mal momento» de la vida, la «thoughtless youth», de Woodsworth, la pesadilla de los años perdidos entre la niñez y la mocedad, de pronto se declara protagonista de la escena social, pierde la timidez, pulula, se agita, inquieta, desafía, agrede y lanza al ya turbulento mundo de la difícil convivencia humana el reto de su propio sistema de vida y de valores. ¿Qué le ocurre a la adolescencia? ¿Qué le pasa a la juventud?

Cuando un problema sorprende con tan desbordante acritud, lo primero que cabe sospechar es que está mal planteado. Como cualquier problema, si el de la adolescencia hubiese encontrado un planteamiento apropiado, se encontraría en vías de solución o no se hubiera adelantado tan eruptivamente al proscenio.

Qué le pasa a ...

Personalmente, me ha parecido siempre un defecto de planteamiento que los psicólogos y pedagogos se hayan encarado con el asunto preguntándose «qué es» la adolescencia. Asépticamente, como quien hace una disección, se contestan entonces aquello del «período indeterminado de la vida, que se extiende desde que termina la niñez y muestra los primeros signos de maduración orgánica, hasta entrada la juventud».

En un fenómeno tan complejo preguntarse «qué es» equivale a decir vanalidades o a replantear el problema. Si ya la vida individual es «un tropel de hechos pululantes e inco nexos», ¿qué no será la de tantos y tan inconcretos adolescentes en conjunto?

Ortega y Gasset, de quien entrecomillamos la expresión anterior, refiere, al hablar de Historia y Espíritu en el centenario de Hegel, un pasaje de las Memorias de la Marquesa de La Tour-du-Pin, que vivió en tiempos de la Revolución francesa, donde cuenta que, «siguiendo la moda anglómana de la época, encarga de sus caballos a un palafrenero inglés. Este hombre no consigue aprender la lengua francesa, e in comunicante con el contorno, vive ensimismado, atento sólo a su menester. Cuando la Revolución comienza y ve a las gentes ir y venir enloquecidas, juntarse y separarse, gritar y estremecerse, el pobre hombre cae en estupefacción. No entiende nada de lo que acontece, y cada cinco minutos se acerca a su señora y, quitándose la gorra, pregunta: «Please, milady, what are they all about? (Señora, perdón, ¿qué les pasa a todos éstos?).»

«El palafrenero no podía entender lo que a éstos les pasaba, porque, en realidad, la Revolución francesa no era un hecho de la vida privada o individual de ninguno de ellos, ni siquiera de su vida colectiva o social. Era un hecho de la historia, y sólo resultará comprensible cuando se golpee con los nudillos sobre el telón gigantesco de los hechos y se pregunte: "¿Quién anda ahí?, ¿quién produce y padece todos esos ruidos?" En suma: ¿A quién le pasa la historia uni-

versal como a mí me pasa mi vida? ¿quién es el alguien, el mismo de la historia que pulsa y late bajo sus sucesos?»

Ortega, como Hegel, se preguntan por el sustrato de la Historia. Pero, aun siendo la nuestra «otra historia», y puesto que inquirir «lo que es» resulta baladí, ¿no será más oportuno preguntarnos «lo que le pasa» a esta adolescencia que así nos sobresalta?

Existe en el castellano coloquial esa enjundiosa expresión inquisidora de procesos complejos y de dinámicas tensionales, cuando nos cogen de sorpresa: «qué le pasa a ...?» Expresión que entraña además esa pizquita de amor indispensable para que el entender se convierta en comprensión, como cuando la madre se plantea la cuestión en familia: «algo le pasa a nuestro hijo...».

Con el mismo afán de comprensión invito al lector a que se pregunte, como planteamiento y entrada al tema, igual que lo hicimos nosotros al iniciar el estudio de la problemática adolescente: «¿Qué es lo que le pasa a la adolescencia?» Lo cual viene a ser como preguntarse de otra manera el «cómo es, en qué consiste, cuál es la esencia dinámica», es decir, *la esencia*, a secas, de la adolescencia.

CONCERNENCIA Y ATENIMIENTO.

Porque, cuando los contenidos sobre los que discurremos son simples y la dinámica sencilla, la podemos reducir fácilmente a conceptos; encontramos con cierta facilidad cuál es el agente que opera, y es campo adecuado para aplicar el pensamiento que llamamos lógico. Pero cuando las situaciones se complican, cuando la multitud de causas hace confusos los mutuos influjos y efectos, cuando la dinámica es compleja, nos sentimos nosotros también confusos, indecisos, perplejos y «acomplejados» frente a esa caótica manifestación. De pronto nos encontramos cabilando no de una forma distanciada de la realidad, sino implicados y sumergidos en ella, y buscando razones profundas nos preguntamos: «qué le pasa», o aún mejor, «qué nos pasa, qué nos duele en la ado-

lescencia». Porque ahora, para nosotros, el problema es la adolescencia. Para nosotros y para todo el mundo.

Pero quisiera evitar otro escollo no menos frecuente. Si preguntase «qué es» rehuye la complicación, también ocurre que la excesiva autoimplicación ofusca. En una memorable asamblea, hubo quien se escandalizó al oírme afirmar que, para resolver los problemas de la juventud, éstos no se deben plantear polémicamente. Sigo opinando, sin embargo, que la clave de la solución es especulativa y que requiere cierta perspectiva, y, por ende, alguna distancia y altitud, las precisas para el análisis y la visión sintética.

Este será el tono estricto de nuestro estudio, porque entendemos que la más angustiada es la adolescencia misma, y si consiguiéramos comprender la intrincada dinámica que la caracteriza, habríamos recorrido medio camino para hacerla feliz y volver eficaz la acción educativa.

ANÁLISIS DIMENSIONAL.

Aunque la preocupación por el problema me viene acuciando desde tiempo atrás, profesionalmente y como hombre arraigado en mi tiempo, el análisis del asunto y la dedicación a él durante los últimos meses se ha originado con ocasión de una reciente estancia en Londres. Un amigo y antiguo colaborador, el profesor venezolano don Alfonso Orantes, me comunicó los términos de un estudio experimental que estaba realizando en determinados sectores de la adolescencia londinense. Para llegar a una comprensión de su problemática ha sometido una amplia muestra de muchachos a una encuesta, cuyo contenido se resume con cierta aproximación en estas preguntas:

¿Qué cosas definen al adulto?

¿Qué es lo que define al adolescente?

¿A qué distancia te encuentras tú mismo de cada uno de estos estados o situaciones?

Bonita cuestión, pero difícil, porque supone resuelto lo más arduo: la definición del adolescente y la del adulto.

Ello dio lugar a afanarse en buscar y hacer acopio de

rasgos, caracteres, problemas que definen al joven y al adolescente, espigados de autores e investigadores distintos, tales como Amatora (1960), Bronston (1959), Lucas y Hurrocks (1960), Fleming (1960), Adams (1964), a los que se agregaron los precedentes de la propia experiencia en el asunto. El número de variables reunidas era exorbitante. Después de hacer un sedimento de las principales quedaron unas 30 por un lado, y 40 por otro, diferentes según la distinta procedencia. ¿Cómo manipular tal maraña de información? ¿Cómo desenredar la madeja? ¿Cuáles son los hilos maestros de todo ese ovillo, tan complejo e intrincado? Esta era la auténtica cuestión.

Para definir al adolescente y al adulto, si ello es posible, o, por lo menos, para lograr alguna comprensión de estos dos estamentos evolutivos y de la dinámica que los relaciona y a veces los enfrenta, había que organizar todo aquel material.

Aplicando al caos de variables espigadas nuestro ANALISIS DIMENSIONAL, especie de réplica del análisis factorial, menos riguroso, pero, a cambio, más flexible y fácil de aplicar al escrutinio de aspectos homogéneos dentro de un campo complejo de interrelaciones, quedaron reducidas a 32.

Un ANALISIS de 2.º grado, verificado sobre estos resultados, permitió extraer las quince dimensiones de la problemática adolescente que describo a continuación.

No hay que olvidar la triple vía de procedencia del conjunto de variables:

1.ª Características de la edad juvenil y adulta acusadas por los adolescentes en la *encuesta del señor Orantes*: adolescentes ingleses, mezcla de estudiantes y aprendices profesionales con predominio de éstos, pero con inclusión de clubes juveniles, etc.

2.ª El *extracto de encuestas* análogas, realizadas por otros investigadores, y con frecuencia derivadas de análisis factoriales.

3.ª La *aportación de la experiencia y trabajos personales* del que escribe, así como la atesorada por el señor Orantes a lo largo de sus tareas de indagación.

Implicación y dimensionalidad.

La causa última de que un asunto sea problema reside en la limitación de la mente humana. Las cosas son como son, y el que sean o no comprendidas no depende de ellas. La cuestión se complica hasta lo impensable cuando, entre lo que hay que comprender, se incluye esa misma inteligencia tan confusa.

Pero, objetivamente, para que algo sea problema se requiere multiplicidad y diversidad de aspectos mutuamente relacionados. La multitud o número de objetos, por sí sola, no constituye problema generalmente, pues al ser elementos homogéneos, el tratamiento que se aplica es simple. Un rebaño lo gobierna un pastor; y hasta un perro.

La complicación del rebaño aparece cuando le afectan diversidad de relaciones: a quién pertenece cada oveja, en qué pastos apacentarlo, en qué majada abrigarlo, cómo explotar la riqueza que suministra, qué gravámenes, derechos jurisdiccionales, exacciones municipales, trámites..., requiere la gerencia.

Y mayor enredo que el rebaño causará una heredad que, además, comprenda granja avícola, animales de labranza y cría de ganado, y cultive huerta junto a tierras de secano, y cuando se extienda a más de un término municipal y cuando pertenezca a varios dueños...; y así se puede complicar cuanto se quiera, con sólo ir acumulando a la multitud la diversidad de facetas, y, dentro de cada una, la riqueza y variedad de matices ligeramente distintos, la abundancia de implicaciones y relaciones fundadas en cada aspecto, y la comitiva de corolarios y consecuencias prácticas que se originan de tan intrincada diversidad.

Este último es un punto capital, toda vez que una implicación omitida o postergada, si entraña cierta monta, se vindica por la fuerza misma de su inserción en el esquema. La mera necesidad de que toda la estructura se sostenga por sí misma, liberando a la mente de la servidumbre de atenderla constantemente, determina una presión interna para que cada elemento adquiera la importancia y peso que le corres-

ponde en orden a un equilibrio racional del conjunto. La pujanza y violencia de esta vindicación serán tanto más fuertes cuanto menos razonable, es decir, menos congruente con la estructura, y más violenta sea la presión ejercida contra la presencia armónica del factor reprimido dentro de la configuración total.

En el tema de la adolescencia se da el agravante de que cada elemento está ya constituido por un problema. La primera tarea para comprender el complejo de implicaciones que la caracterizan consistirá en decantar los aspectos básicos de su problemática. Un análisis adecuado del asunto debería ser capaz de:

- 1.º Establecer con claridad los aspectos.
- 2.º Reducirlos al número mínimo, sin detrimento de su contenido y naturaleza.
- 3.º Determinar las relaciones que configuran el conjunto y avanzar una visión comprensible de la estructura resultante.
- 4.º Dar pie a la conciliación de los conflictos internos surgidos por omisión, desproporción, desequilibrio, represión, hipertrofia o disfunción de componentes básicos de la dinámica global.

5.º Contribuir a resolver las fricciones de la estructura analizada con otras vecinas o tensionalmente relacionadas.

El ANALISIS DIMENSIONAL de la adolescencia no aspira a menos, como se verá.

Comenzaremos por desentrañar las características que definen la dinámica conflictiva, vista desde el ángulo y con la óptica juvenil.

Los aspectos desglosados se verán abarcados en perspectivas más reducidas y económicas sin desparramar la esencia que las define.

Finalmente, el mismo estudio irá sugiriendo procedimientos para atenuar las aristas del conflicto.

Comencemos por la primera aspiración, intentando circunscribir los *aspectos o rasgos de la problemática adolescente*, que no deben confundirse con las características biológicas ni siquiera con las psíquicas o sociales de esa edad.

Cada uno de los rasgos de esta dinámica es producto objetivo del análisis dimensional. Al describirlo eludiremos toda literatura, manteniendo a raya cualquier tendencia a introducir desviaciones o acepciones caprichosas. Para sujetar mejor la rienda de la arbitrariedad, cada dimensión será descrita en términos de las variables que lo engendran. Generalmente el epígrafe del factor coincide con el nombre de la variable-eje que sirvió para aglutinar las del grupo afín.

Rasgos de la problemática adolescente.

I. IMAGEN DEL ADULTO. Expresa la idea que ellos tienen del mayor: cómo piensan, qué imaginan, cómo conciben, qué rasgos entrevén o entienden del adulto, cuál es la idea que se forjan de la persona madura. Está muy entranada en esta imagen la idea de «rol», del papel que se desempeña en la sociedad, y hay una marcada contraposición respecto a la imagen que tienen del «teen-ager» o adolescente, contraste materializado en el signo negativo con que aparece esta variable en el contexto del factor.

II. Lo que podíamos llamar HABITO ADOLESCENTE. Aquí resaltan las tensiones efectivas, las formas de pensar del muchacho, la presencia de la *panda*, la amistad, afectividad, prestigio; todo ello como vivencias o necesidades del adolescente, junto a las de *aceptación*, apariencia, ostentación y algunas otras también de carácter afectivo: soledad, etcétera. Todo esto crea la IMAGEN DEL «TEEN-AGER». La matizan ciertas características negativas, principalmente frente a la *autoridad*, y a «ciertos tipos de relación» con los padres. Importante este matiz, porque aquí ya despunta algo de lo que vamos a extraer el máximo fruto más adelante.

III. Este tercer rasgo característico del adolescente es nuevo y muy fecundo. Lo llamo INICIACION, como consecuencia de ponderar lo que el análisis revela, al intentar conciliar los contenidos congregados en torno a este concepto, a saber: afectividad, *autorrealización*, independencia, adaptación, *recreación*, hábitos, salud, ocio, factores de tra-

to personal, imagen del adolescente, tensiones, y el factor más importante, el *trato intersexual*.

La importancia de este hallazgo me mueve a extenderme más que en ninguno de los restantes. Como se verá más tarde, acaso en él resida la clave de la comprensión del adolescente. He llegado a la conclusión de que este factor expresa en el joven una dinámica de *ensayo* de formas de comportamiento que en el adulto son serias, pero que él verifica sin compromiso, como aproximaciones y tanteos, como ensayo y error, «nadando y guardando la ropa», para volverse atrás cuando le convenga o cuando fracase y poder acometer otras vías de aproximación al adulto. Algunas de estas cosas son serias; posiblemente las más serias son el auténtico objeto de este tanteo, y, quizá por esta razón, porque son cosas serias y el ensayo tiene un carácter lúdico, profano, irreverente y sin «engagement», sin compromiso, precisamente por esto encuentran el clima adulto poco favorable a la tolerancia.

Entre estas cosas serias, que serán de ordinario las que luego definan al mayor, figura el *matrimonio*. El matrimonio no está sólo definido por la relación sexual, sino por todas las consecuencias de la relación: la creación de un hogar, de una familia, el tener hijos; y la articulación, como tal familia, en sociedad, etc. Esta es una cosa seria que el muchacho, poco a poco, pretende ir asimilando, como hace con la mayor parte de hábitos del adulto. Algunos piensan que, puesto que el matrimonio es una cosa seria, el tratar un chico a una chica es tanto o más serio. Yo me he apeado de esa opinión. El tratar un chico a una chica no es cosa seria: es cosa de la edad. Como lo es el despego con que lo hace. Sí, tiene su trascendencia, dada la índole de valores que remueve; pero esos valores los tiene que ir asimilando a través de errores, mediante ensayo y error, los ha de ir aprendiendo. Pero si no yerra no se puede corregir; y si no se corrige, no aprende. Si exigimos que acierte a la primera, tendrá que dejar de ser joven y empezar a serlo de mayor. Y haremos de la mocedad, que en definitiva es un proceso de adaptación, un túnel absolutamente cegado.

Cosa seria es igualmente el *trabajo*. Ahí sí se le otorgan

ciertas facilidades: hay un proceso de aprendizaje, donde se le permite que cometa ciertos errores; hay un lapso de estudios, más prolongado cuanto más difícil y compleja es la carrera; hay unos procesos de instrucción establecidos. La flexibilidad es menor ya cuando se trata de fracasos en la colocación, arrostrada prematuramente.

Pero donde no se le toleran prácticamente márgenes de error es en el *contacto social y político*. Gran preocupación constituye hace tiempo para mí el encontrar una vía oportuna para que los muchachos se vayan integrando en la sociedad organizada. Y una de las lamentaciones más fundadas de la juventud en nuestras encuestas es la inexistencia de cauces abiertos a la participación en la cosa pública.

Y así también acaece en lo *religioso*. El proceso psicológico comienza en la infancia por una religión en imágenes, figurativa, plástica. Sigue la religión dogmática que se aprende, que se asimila, que se estudia y se practica. Se somete luego a revisión en el período adolescente, en donde se quiere, se intenta, se necesita asimilar el sentido profundo de lo religioso. Y ahí es donde se produce la crisis. Crisis natural, pero que sufre la intolerancia de los adultos, sobre todo de los guías espirituales: no se tolera la duda, apenas se permite el preguntar, no se consiente la vacilación, la perplejidad, la tibieza temporal; no se soporta, en último término, que el adolescente verifique una asimilación profundamente personal de la religión: tiene que seguir el rito, la fórmula, del principio al final.

Desde pequeñito el niño imita a su padre, la niña imita a su madre. El nene coge la pipa y, generalmente, sufre un manotazo; la niña calza a escondidas los zapatos de mamá y recibe unos azotes. En el adolescente encontramos una abrumadora riqueza y variedad de síntomas de esta naturaleza. El muchacho se apropia las prendas de su padre, el muchacho fuma y bebe, imita costumbres de sociedad que son también del padre, se apodera de aparatos, de instrumentos, de prendas de vestir, del asiento del despacho de su padre. Todo lo ocupa, todo lo usa, y, en ocasiones, todo lo estropea. Pero esos síntomas son indicios de una riqueza ma-

yor. Riqueza malograda a menudo cuando esos síntomas se convierten en una auténtica asimilación, cuando intenta apropiarse la manera de pensar, no directamente, sino a través de aquellos modos de actuar, por los cuales también el padre se equivoca, es decir: pensando seriamente, criticando, analizando. ¡Y cuando le discute a su padre! ¡Hasta ahí podíamos llegar...!

Recientemente escuchaba a un padre preciarse de que su hijo no había fumado delante de él hasta los veinte años. Depende de qué sentido se dé a la adolescencia, pero estimo que admitir la discusión y la crítica, pasar por el tamiz del pensamiento del hijo, del alumno, del subordinado, es el verdadero triunfo del educador. Y reencontrarse en los hábitos voluntarios del hijo es como volver a nacer.

Iniciación, por tanto, y es curioso que una característica opuesta especialmente a este rasgo sea algo que Orantes llama *calificaciones*. Calificaciones en general que incluyen la valoración del comportamiento por parte de los mayores, pero también las calificaciones escolares: de su comportamiento, de su aprendizaje, de lo que sabe, de lo que vale. Las rechaza porque a menudo son como un castillo donde el profesor se enroca y protege, defendiendo la distancia que le separa del pupilo; y esa distancia es la que quiere salvar el alumno, recorrerla, borrarla hasta tomar contacto con los intereses del mayor. No estoy, que conste, criticando el hecho de que se apliquen calificaciones a los muchachos, como no estoy criticando tampoco el hecho de que el padre tenga autoridad y la mantenga, sino tratando de que todo ello se entienda de forma que no suponga una barrera. Acaso, al final, como consecuencia de todo el análisis, deduzcamos cuál es la actitud más apropiada.

IV. Designaremos este aspecto con un nombre que ha cobrado carta de naturaleza en Psicología, el de STATUS, definido ya por el sentido etimológico de la palabra como posición alcanzada, con sus atributos pertinentes, y perfilado aquí por constantes de *adaptación*, independencia, ideales, *autoestimación*, *costumbres*, relaciones, *prestigio*, familia y por los *símbolos* o atributos de estas situaciones. En contra

tendría todo aquello que represente *tensiones*, diversión, *iniciación* y hábitos adolescentes. Los jóvenes conciben al adulto aureolado de una constelación de calificaciones y atributos que le sitúan en la sociedad con un prestigio, con unas atribuciones, con una valoración personal y situacional reconocidas por los demás. Y a sí mismos se ven algo distantes todavía de esa meta.

V. ESTABILIDAD ECONOMICA. *Disponibilidades*. Es un término que resalta de forma clara en el análisis, junto a otros relacionados, como bienes, cosas, independencia, proyectos y *matrimonio*; éste último como forma de vida donde la estabilidad económica cobra contornos visibles. Y con signo opuesto se le asocian la soltería y «cierta clase de relación» con los padres, análoga a la comentada a propósito de las calificaciones: esa dependencia estricta que se le hace sufrir al muchacho de los cinco duros, de los dos duros, de la peseta; que es servirse del instrumento económico para tener sometido al hijo, y, como resultado, para distanciarlo. Sería digno tema para un estudio de casos, que cada padre explicara cómo ha intentado personalmente resolver este problema. Del conjunto de proceder acasó emergiera la norma ideal.

VI. OCIO, DIVERSION. Se le agrega, para circunscribir el sentido, otro término especialmente vinculado a ambos: VIAJES. Y otros anejos lo perfilan: deportes, recreación, ejercicio físico, liberación. Desde hace algún tiempo acaricia mi mente la idea de poner en práctica un sistema de viajes autónomos para la juventud, planeados por ellos mismos durante el curso y llevados a cabo libremente en vacaciones, sin control alguno, sólo remotamente asistidos y seguidos a distancia, sin peligro de intrusión ni injerencia por parte de los mayores. Pretendo implantar este tipo de viajes con los preuniversitarios de los Colegios Menores que dependen de la Delegación Nacional de Juventudes. Resalta la importancia de estas precauciones al reparar que, junto a los conceptos de ocio, recreación, deportes, etc., figuran con signo negativo, como contrapartida, el de autoridad, y aquella conocida «cierta relación» con los padres. Como si,

precisamente en el momento, «when youth and pleasure meet», según Byron, nos acosara la urgencia de hacerles sentir «la pesadumbre de ser joven» o, como replicaba Pitt a Walpole, «el crimen atroz de ser joven».

VII. AUTORIDAD. Aspecto definido por los de *control*, *dependencia*, «cierta relación» con los padres, relaciones con el adulto, *normatividad*, conformidad, *ética*, hábitos, estudios, personas; y a la que se contraponen el ocio, la independencia y la *diversión* en forma destacada. Volveremos sobre este tema, porque se ha mostrado ser una de las claves maestras para la comprensión de la adolescencia.

VIII. FACTOR PROFESIONAL. Podría haber puesto *profesión*, pero sería inexacto, porque dentro de este factor, junto al oficio, la colocación y los estudios, figura también, y con máximo relieve, la *formación*; y contrapuestos, hasta cierto punto, aspectos como el sexo, el control, la apariencia u ostentación, el ocio, la diversión. Cada uno de aquellos términos es pluridimensional, multifacético, y a sus variadas facetas se oponen determinadas acepciones, algunas de las cuales se recogen aquí. Señala, pues, esta dimensión la *actividad seria* en directa antítesis frente a la puramente lúdica.

IX. AUTORREALIZACION. Hay una patente manifestación de un factor que los muchachos no dejan de apreciar, que es el perfeccionamiento personal. Los estímulos con que se relaciona son, por un lado, la *madurez personal*; por otro, la ética, un proceso de *adaptación* ético-valorativo, el *trabajo* y una aureola de *prestigio*. Está vivo en la mente del muchacho este proceso de perfeccionamiento personal, de que no es perfecto, de que tiene que ir asimilando quilates de valía; no es preciso al educador insistir demasiado en ello: es algo vital para él, más que para el adulto. Aquí también media una distancia entre lo que el mayor recomienda y lo que siente el muchacho, porque al paso que el mayor educa por razones que son un tanto especulativas—el valor, la moral, la norma—, el muchacho se esmera impulsado por una necesidad endógena de asimilar esos valores. Hay que abrirle cauces, facilitarle el empeño, asistirle, ayudarle, animarle; quizá no tanto, reprenderle, y menos predicar.

X. FACTOR DE PERTENENCIA. Revela un rasgo característico de la adolescencia, cual es la adhesión a un grupo, la *adscripción* a unos ideales, la *lealtad* a unos principios, etcétera. La dependencia implicada en este factor se diferencia de la entrañada en la dimensión VII. Mientras aquélla se inscribe en la relación de autoridad, aquí denota adhesión voluntaria. Se relaciona con aquellos estamentos e instituciones hacia las cuales siente más estrecha dependencia, como la familia, el otro sexo, la comunidad, la profesión; y se manifiesta positivamente, en forma de acercamiento, como lo prueba la presencia de las variables de conformidad o atenuamiento, adaptación al medio, relaciones personales, etc.

XI. PROYECTO DE VIDA. Muy torpe tiene que ser un muchacho para ir por la vida pateando el camino de la edad en ademán irreflexivo, sin mirar a diestra y siniestra ni otear en el horizonte lo que le depara el porvenir, qué es lo que le amenaza, cuál es la situación que le espera, para saber responder. Por pocos alcances que tenga, habrá de anticipar algún proyecto. Se relaciona este «proyecto» con el concepto de *adulto*, con los de adaptación, independencia, dominio, *aspiraciones*, autoestimación, hábitos, ética, *trabajo*, madurez, economía, «status», familia, *vocación*; es decir, con todo aquello a lo que un muchacho aspira, a lo que tiende y lo que le espera. Aquí es donde más cálidamente debería sentir la asistencia y presencia del educador.

XII. EXITO Y PRESTIGIO. Acompañan toda una comitiva de rasgos como *dominio*, *autorrealización*, *independencia*, hábitos, trabajo, «status»..., alusivos a modalidades del éxito o a sectores de la vida y del comportamiento donde toman cuerpo y se sustentan el éxito y el prestigio.

No hay por qué insistir en esta necesidad que vive el muchacho de sentirse prestigiado, de hallar un ámbito donde palpe el éxito; y si no lo encuentra por la vía normal, las desviaciones que sufre su comportamiento, en compañías, en pandas y pandillas, en las gamberradas que todavía, desgraciadamente, se registran y registrarán, contribuirán a mantener vivo el problema de la adolescencia, y la preocupación de la sociedad por causa de ella.

XIII. ACEPTABILIDAD. Entendemos por tal la necesidad sentida de aceptación en un *clima afectivo* de comprensión, de acogida, de amistad; y resaltan en este aspecto matices como la apariencia y *atractivo personal*, la relación con personas, la *conformidad* o acoplamiento a las condiciones, sobre todo, sociales del medio ambiente.

XIV. VALORES. Es curioso apreciar cómo en la valoración de toda esta dinámica de traslación de la edad juvenil a la madura el muchacho siente que está operando un sistema de valores relacionado con la *adaptación*, independencia, *autorrealización*, conformidad, pertenencia, aceptabilidad por los demás, *ideales*, aspiraciones, autoestimación, *ética*, *madurez* y, de un modo muy importante que hay que subrayar, *ideas*, porque no se trata de que sea aceptado exteriormente, sino de asimilar el contenido profundo de esa aceptación en forma de ideales, criterios y aspiraciones.

XV. MATRIMONIO Y FAMILIA. Entiéndase como institución viva y estable a la vez, por lo que ostenta notorio parentesco con lo heterosexual, con la pertenencia, la mutua relación, la afectividad, la madurez, etc. Preciso se hace recordar, sin embargo, la doble vertiente de la amistad y trato entre adolescentes de ambos sexos: de *iniciación* con aventura sin riesgo por una parte, y de *introducción* a la convivencia matrimonial por otra. Lo que por lo menos cabe imaginar es que la primera de las dos aparezca antes, lo que significa que, durante algún tiempo, tendrá que prevalecer sobre la segunda. Si lo lúdico precede temporalmente a lo serio y le sirve de entrenamiento, forzosamente en algún momento será temerario exigir seriedad en el asunto. La edad del pavo no es un noviazgo. Por lo mismo, ridiculizar al patoso y al tímido puede ser un desatino irreparable, porque le retraerá del ensayo; como se mata, en muchos casos, la vocación musical amarrando largas horas al alumno a la banqueta frente al teclado, y la afición a la lectura se malogra en flor imponiendo el *Quijote* como texto.

ANÁLISIS PROFUNDO

Hasta aquí, el análisis de los aspectos que definen para los muchachos este terreno de transición de la adolescencia a la edad madura, aspectos de los que unos constituyen al adolescente, otros constituyen al adulto y otros expresan ciertos procesos de transición, valoraciones, actitudes, disposiciones, etc. ¿Qué hacer con todo este bagaje de nociones, que pretenden ser una aproximación al núcleo donde se nutre la barahúnda de matices, aspectos y problemas que la adolescencia entraña?

Hemos sometido a un tratamiento analítico de segundo grado las dimensiones comentadas arriba, con objeto de alcanzar una visión más profunda y sintética de todo el conjunto de aspectos. Quiero partir, para penetrar en el meollo de la cuestión, del análisis verificado sobre los datos recogidos en la encuesta por el señor Orantes, de donde resulta algo punto menos que sobrecogedor.

Madurez y adolescencia.

Este análisis de grado superior y más profundo nos descubre tres aspectos en todo el contexto. Uno de esos aspectos o dimensiones básicas definirían «la madurez», que era una de nuestras aspiraciones iniciales al acometer el presente trabajo, así como el segundo aspecto, que parece definir «la adolescencia». El tercero es un factor sorpresa que comentaré después de hecha la glosa de los dos anteriores.

La MADUREZ estaría definida positivamente por estas dimensiones profundas:

1. IMAGEN DEL ADULTO que reúne ahora un conjunto de variables introducidas en el primitivo análisis, junto a la misma imagen del adulto, como el concepto de «rol», el de madurez, los de aceptación social, éxito profesional, independencia, etc.

2. El concepto de STATUS o situación establecida, con todo el halo de aditamentos y circunstancias de prestigio, de estabilidad, de relaciones, de atributos, etc.

3. La ESTABILIDAD ECONOMICA sobre la que se asienta materialmente la forma de vida lograda por el adulto en cada caso.

4. Por último, la PROFESION que alimenta esa economía e incorpora, de manera activa y eficiente, al individuo en el sistema de participación social, al paso que materializa la forma elegida de autoexpresión personal.

Estas cuatro notas son las fundamentales para describir *positivamente* al adulto.

La ADOLESCENCIA, en cambio, se definiría principalmente por otros tres rasgos:

1. INICIACION, que ya he definido como un ensayo o tanteo de aproximación lúdica, como por juego, por lo menos aparentemente, pero llevados de una necesidad interior que hace que ensaye y juegue en orden a su inserción plena en la sociedad, como un niño ensaya al gatear, correr, subir escaleras, para adquirir las habilidades físicas, la robustez y el despliegue de sus condiciones fisiológicas.

2. OCIO, diversión, entretenimiento, es decir, la fase lúdica de la vida que todo anciano recuerda como época feliz, y de la que tanto cuesta despegarse en el proceso de madurez, corriendo la edad y simulando la cabellera para que el físico no estropee el juego.

3. El concepto de ADOLESCENTE, así como antes lo era el de adulto, tiene aquí carácter definitorio, como en el análisis factorial cuando se incorpora el criterio al campo analizado. Recuérdese que se definía por la necesidad de aceptación, la panda, el prestigio, la ostentación, etc.

Esos son los rasgos positivos del adolescente y del adulto. Pero asoman, junto a ellos, ciertos signos negativos que contraponen a su vez una edad a otra; naturalmente, algunos de ellos aparecen cruzados, siendo negativos para el adulto justamente los que ayudaron a bosquejar el perfil positivo del adolescente, y viceversa.

El adulto no sólo se define por su «*status*», por la *estabilidad económica*, por su *profesión* y por esas condiciones que integran la variable *imagen del adulto*, sino también por oponerse de alguna manera, que expresa el *signo negativo*,

a la nota de *iniciación* y al tipo de *ocio* que caracterizan al joven. Él ya ha acabado estos ensayos; pero, además, de la misma manera que un adolescente ya no quiere cosas de niños, un adulto tampoco desea ya ni admite maneras adolescentes.

Paso a describir *negativamente* la ADOLESCENCIA que, además de definirse por ese conjunto de caracteres admitidos para su edad, por el proceso de *iniciación* y por el *ocio*, ostenta como características negativas cierta oposición, o por lo menos diversidad o diferencia respecto al «*status*»; signo negativo, porque ni posee el «*status*» ni le interesa como tal. Y signo negativo, aunque leve, en lo *profesional*, porque la profesión, como tal, no está lograda, si bien se halla en proceso de consecución.

AUTORIDAD

Es hora ya de revelar un tercer rasgo profundo, distinto de lo que constituye la madurez y de lo que describe a la adolescencia. Ese rasgo sorpresa es la AUTORIDAD. Positivamente, como dimensión, sólo se define por sí misma, por la variable de *autoridad* introducida en el análisis, única que tiene saturación en el factor, comunicándole su propio sentido. Pero, en cambio, contrapesa por su signo a todos los restantes rasgos, tanto los propios del adolescente como, y esto es elocuente, también los del adulto.

Negativamente exhibe, en efecto, alguna oposición mínima a la «imagen del adulto»; mayor a la del adolescente; pequeña, pero apreciable, frente a la estabilidad económica y al ocio, y no grande frente a la profesión.

Con todo, lo más curioso es que, al comparar las cargas positivas y negativas que relacionan a los tres factores—factor de madurez, de adolescencia y de autoridad—, el de autoridad tiene carga negativa en los otros dos, la cual sugiere que, de alguna manera, se opone a madurez y se opone a adolescencia.

Mi impresión es que este nuevo aspecto pone de relieve

un matiz accesorio de la autoridad, algo que no atañe a la genuina entraña del concepto, pero que a poco que se «exceda» resalta como en caricatura, sombreando y marcando el contraste con la idea de compenetración, que define la relación del adulto con el adolescente, y en ese sentido desmedido es en el que produce distanciamiento.

A medida que se desarrolla en el hijo la natural tendencia a la autonomía, se exagera en el padre el consejo bíblico de «doblarle el cuello mientras es joven». Esta carga de autoridad excesiva, inoportuna o no adecuada—pero no porque se mande o no se mande, sino a causa del exceso o «surplus», cuando se impone la autoridad por sí misma, porque se manda, y nada más—se opone a la actitud del adulto como adulto, definida por unas notas («status», profesión, caracteres de adulto, estabilidad, etc.), y a lo que constituye la adolescencia como etapa de transición, ensayo y error.

ULTIMO SUSTRATO

Si hacemos todavía un intento más para descubrir las raíces ocultas de la problemática que nos intriga, nos encontramos con un esquema simplicísimo que, representado por unos ejes cartesianos, como es costumbre factorial, muestra toda la complejidad empírica reducida a sólo dos variables, enfrentadas en los extremos de una dimensión polar y opuesta (fig. 1):

En un lado se congregan el factor I' y II', que son:

I'. Imagen del ADULTO, estabilidad, profesión.

II'. Imagen del ADOLESCENTE, iniciación, ocio.

En otros términos, el adulto y el adolescente se reúnen en un polo.

Y en el otro figura el factor III', que era la AUTORIDAD, aquejada de los defectos dichos, y causa de distanciamiento.

La última interpretación de la dinámica que engloba y entrelaza ambas generaciones revela, según esto, la presencia de elementos y vínculos comunes, necesarios a uno y otro término de la relación existencial, elementos que por su índole

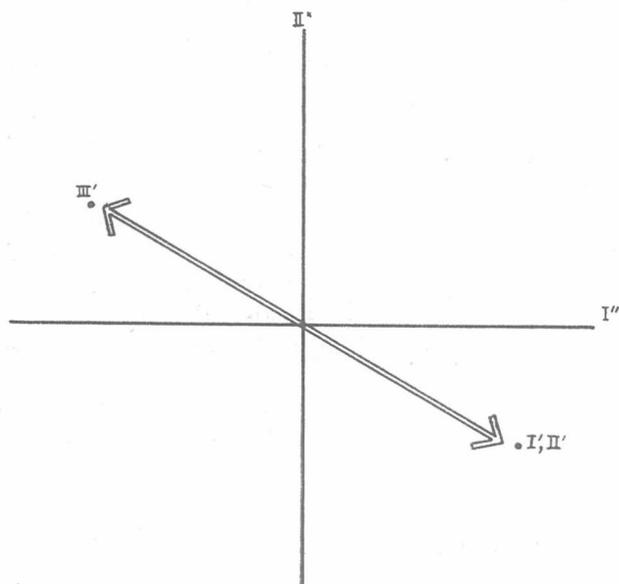


FIG. 1: Representación de las dimensiones de la problemática adolescente resultantes de un análisis dimensional de tercer grado, donde se muestra la oposición de las fuerzas expansivas (I' , II'') y respectivas (III') que determinan la compleja dinámica de esta etapa de la vida.

le intrínseca compenetran y funden en una misma dimensión a la adolescencia y a la edad adulta en un extremo de la representación gráfica; y opuesto a esta dinámica conciliatoria, y es de suponer que obstaculizándola, se sitúa la autoridad «a secas», acaso el abuso de autoridad, causando rechimientos en la ya difícil marcha. Uno se pregunta al llegar aquí si las trifulcas entre guardias y estudiantes no serán una manifestación eventual de la «cuestión personal» que tienen planteada las generaciones jóvenes con las maduras, al margen de lo que les es esencial y común a ambas.

Al perseguir, descontentos con nociones someras, una comprensión radical de tan estupefaciente y complejo problema, el hábito adolescente se nos manifiesta objetivamente como definido por una carga en la dimensión «INICIACION-

OCIO»; la definición del adulto se condensa en las variables «STATUS-ESTABILIDAD-ECONOMIA-PROFESION».

El hábito «adolescente» y la condición «adulta» participan de un terreno común, de un campo de compenetración. Cada una de estas variables tiene alta valencia en la dimensión definida por la otra. No hay que buscar el antagonismo, según esto, en la raíz natural de esta tensión vital, sino en algo sobreañadido a ella o hipertrofiado en su composición, y sacado de quicio.

En resumidas cuentas, se trata de dos dimensiones radicales contrapuestas. Una de ellas compendia la dinámica real de mutuos influjos en la entraña de la relación entre la generación de llegada y la de tránsito. La otra agrega un factor moderador y, con demasiada frecuencia, coercitivo, que, en ocasiones, coarta la referida dinámica.

La primera dimensión (I', II') se materializa a través de ciertas actitudes positivas para la integración:

a) *Ejemplaridad*, que es una función prototípica: el adulto con su comportamiento, sin más, está siendo el prototipo a que aspira el muchacho.

b) *Orientación y consejo*, que es función estimulante: descubrirle matices, aspectos, manera de realizar el tránsito, razones que compensan, valoraciones, etc.

c) En tercer lugar, *comprensión y tolerancia*, función paciente: es el punto de encuentro, conciliatorio de las tendencias encontradas de una y otra posición, la adulta y la joven.

Ambas, componentes de la dimensión positiva—la madura y la juvenil—, se oponen por igual al despotismo de la «regla» sobre la comprensión, tanto en lo que tienen de negativo como en lo que ambas comparten de positivo.

La segunda dimensión, en efecto, es una actitud negativa (III'), una postura autoritaria y exigente distante, por la cual se hace una inversión de valores, sometida la dinámica natural no a un proceso de comprensión, sino a un prejuicio de rigor y ordenamiento.

Todavía, en otro análisis similar del mismo asunto, se ha encontrado otra estructura bipolar más o menos como la re-

ción comentada, uno de cuyos extremos se interpreta como *estabilización y formalización*, alcanzadas en todos los órdenes con la edad y la madurez; mientras en el otro se plasma la tendencia del adolescente a agruparse con «los iguales», la tendencia a la panda. Dos polos o fuerzas de atracción: el «estado» adulto por un lado y el «grupo» de adhesión por otro. Y en medio una dinámica de *tránsito*, de *iniciación lúdica* hacia cosas serias, como matrimonio, «status», economía, política... Un período de «chicoleo», de ensayos de ajuste vocacional, intento de ganar algún dinero, revueltas entre políticas y jaraneras...

Los fracasos—sexo, ocupación, grupo social...—, le hacen reaccionar a menudo regresivamente, y de esta forma, incluso en la juventud avanzada, se estabiliza «la *adolescencia*» más de lo debido; unas veces en manifestaciones *agresivas* frente a valores adultos (desafío a la autoridad, vilipendio de emblemas y uniformes, indiferencia o escarnio de la religión, desaseo, asonadas callejeras...); otras en forma de *renuncia*: drogas, abandono...

Esta oposición nos está revelando cómo al proceso de estabilización, al polo de atracción que representa para el muchacho la edad madura, se le opone un polo de retención, que son los grupos juveniles, depositarios de las tendencias adolescentes, pero probablemente en condición frustrada.

Confirma lo dicho otra experiencia, algo distante del meollo si se quiere, pero atinente y muy reciente. Se trata de un estudio analítico realizado sobre la actualidad de Inglaterra, planteado para comprender experiencias personales y de observación difusa acerca de la realidad de aquel país. Una de las más llamativas es la adolescencia. Hablar en abstracto es exagerado, pero ciertas manifestaciones atípicas de la adolescencia drogada, adolescencia travestida, adolescencia bulliciosa y atípica, hacinada en ciertos lugares como Picadilly Circus en grupos amorfos, impasibles, indolentes, con sus campanillas al cuello, símbolo del afecto a la droga, o agitada en Hyde Park, convocando una reunión de protesta contra la prohibición de la marihuana y de los es-

tupefacientes, son signos inquietantes del estado de salud psíquica y social de la juventud, o de un sector de ella.

Conocida es la reciente prohibición de una emisora clandestina de vida anárquica que ha estado funcionando a espaldas del Gobierno por el Mar del Norte. Al regresar a la capital algunos de los jefes de la emisora, fueron objeto de una aclamación frenética, por multitudes de «fans», fanáticamente obsesionadas por la gesta de estos héroes de la anti-autoridad, de la anarquía y del guirigay. Esta es una de tantas manifestaciones contra la autoridad «ut sic», acaso toda ella contaminada ya de signo negativo. Junto a esto se registra el fenómeno contrario, justamente de Hyde Park, donde los guardias alternan amigablemente, en ademán tranquilo, con los mismos que luego van a manifestarse tumultuariamente. En ese momento no provocan oposición, aunque siempre representan el orden público. No es la función la odiada realmente. Esa es la forma de manifestación de la autoridad que no horripila, que no repugna.

Pues bien, después de muchos tatices, al término del análisis susodicho, me he encontrado con que los dos caracteres polares de la problemática actual en Inglaterra son, al parecer, esos dos:

Por una parte, todo lo que representa el *Imperio*, la *Commonwealth*, el *espíritu de eficacia*, maravilloso en el pueblo inglés; en suma, lo que podíamos resumir como *carácter racial*.

Y por otro, todo lo que hay actualmente de *frustración*, de *rebelión*, de *insubordinación*, de *anarquía*.

Entre esos dos polos, infinidad de manifestaciones diversas.

La negación o el fracaso de los adolescentes en la asimilación de los valores colectivos, adopta las manifestaciones más prolijas y diversas: las banderas inglesas, usadas para trapos de cocina; el peinado, todo lo desgredado y sucio que sea preciso para desafiar las costumbres de los mayores; el abandono del estudio, el descuido del aseo, el reto a la circulación... Pero toda esta anarquía parece orquestada para resarcirse del fracaso, de la frustración en que les han pue-

to los mayores con sus situaciones logradas, y la sociedad por su complicación laberíntica.

Y concluyo. El problema de la adolescencia, a mi juicio, estriba en esta falta de comprensión que, partiendo de arriba inicialmente, se expande en la fenomenología de contrariedad de la adolescencia. Como consecuencia, falta la compenetración entre las dos generaciones, y, sobre todo, se entorpece la facilidad y fluidez necesarias para la asimilación natural de los valores adultos por el adolescente. Como esta incorporación a la comunidad se hace progresivamente más difícil en ellos, porque la sociedad es progresivamente más compleja, se arredran e intimidan; y los fracasados se reúnen para consolarse. *La adolescencia problemática conduce a una juventud frustrada.*

Esa juventud, o resuelve la frustración con reacciones agresivas; desafía a la policía, a los padres, a la autoridad, llegando no pocas veces a la delincuencia; o renuncia, y al abdicar se repliega sobre sí misma, se droga, se recluye, se aísla y se desentiende de la sociedad y de los valores que la articulan y sustentan.

El problema está aquí. Los educadores tienen la palabra.